



Posted on Wed, Apr. 26, 2006

PUNTO DE VISTA

La Miami Symphony, el Beethoven más exquisito

By **DANIEL FERNANDEZ**
El Nuevo Herald

Nunca habían sonado los metales tan limpios y afinados en la Miami Symphony como en las presagiosas fanfarrias de la *Finlandia*, de Sibelius con que abrió esta orquesta su concierto de cierre de temporada, el domingo en la noche, en el Lincoln Theatre de Miami Beach.

El director Eduardo Marturet cogió este bello poema sinfónico a todo tren, con fuerza, entusiasmo, vida; lo hizo palpar con su carga de contrastes melódicos, su riqueza de planos sonoros y su abundancia de tímpanis y metales a tope. Casi bailaba el maestro en el podio, y podía captarse a simple vista que se trata de una obra que disfruta particularmente.

Preciso es destacar aquí y por su labor en todo el programa a la percussionista Debora Welsh-Ibáñez, cuyo impecable trabajo en los tímpanis se destacó, especialmente por el estilo intenso de Marturet y por el papel importantísimo en las obras tocadas esa noche. Esta es una artista con la que muchas grandes orquestas del mundo quisieran contar.

La segunda oferta del programa ofreció un profundo contraste con esta visión tan vibrante de la obra del genial finés. En el *Concierto para violín y orquesta, en re mayor, op. 61*, de Beethoven, Marturet se apegó a los aspectos más románticos, la línea más pura, eliminando toda posible aspereza y evitando un acercamiento demasiado "posmoderno". Quizá la sensibilidad femenina de la solista, la impecable Irina Muresanu, fue la causa principal de esta interpretación donde Beethoven fue mostrado desde su lado más armonioso, con un mínimo de tormento --sin que por esto faltara el drama-- y un máximo de exquisitez. El ataque de Muresanu es preciso y no regateó vigor ni bravura en su ejecución; pero su Beethoven es el más exquisito, en su visión se han limado asperezas y el genio alemán emerge triunfador de sus tormentos con una imagen más apacible, más filosófica. El público aplaudió de pie.

La segunda parte de la noche estuvo dedicada por completo a la *Sinfonía no. 4, en la mayor, op. 90 ('Italiana')*, de Mendelssohn. Posiblemente la favorita del público entre las que compuso el maestro, Marturet se lanzó a una interpretación que no dejaba espacio para el titubeo y desbordaba energía. Con una decisión como de nadador contra un mar embravecido, en el primer movimiento, fue sacando esta trama de gran aventura musical. Elaborado trabajo de dinámicas, entresacado transparente de los planos sonoros, juego y rejuego incesante, incluso en los dos movimientos centrales, más moderados, para luego llevar la nave a puerto seguro en el espectacular final, que baste decir que se llama *Saltarello. Presto*.

La ovación fue larga, interrumpida por Marturet para ofrecer como *encore* "una prueba del repertorio del año próximo": *Notturmo*, de Giuseppe Martucci, que como su nombre indica, va envuelta en melodías suaves y una atmósfera de ensueño. Brillante final de temporada que anuncia más éxitos para la próxima

dfernandez@herald.com